



manuel olimón nolasco

historiador

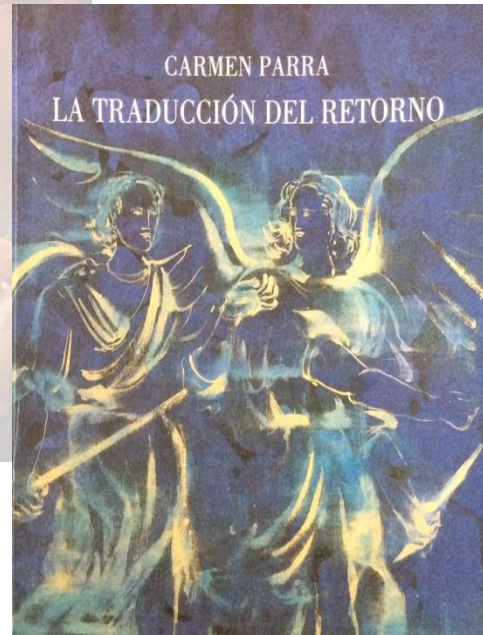
DE TRADUCCIONES Y RETORNOS.¹

Manuel Olimón Nolasco.

"La traducción del retorno" es mucho más que una frase bien encontrada. Es, desde el corazón de artista de Carmen Parra, la senda de una palabra forjada de colores intensos y el testimonio del valor de un patrimonio que, teniendo sus raíces en la tradición cristiana e hispánica, posee novedosa frescura y aliento leve para no encerrarse en la cárcel del tiempo.

Con ojos de asombro y cariño miró desde niña las pinturas mágicas del santuario de Atotonilco en Guanajuato. Ahí palpó el ritmo de la vida, que con sus profundos gozos y sus intensos dolores, unía con naturalidad la tierra con el cielo, hacía de quienes los sociólogos juzgaban "grupos marginales", hijos de Dios, compañeros de camino de los santos, hermanos de la familia de Nazaret: Jesús, María y José.

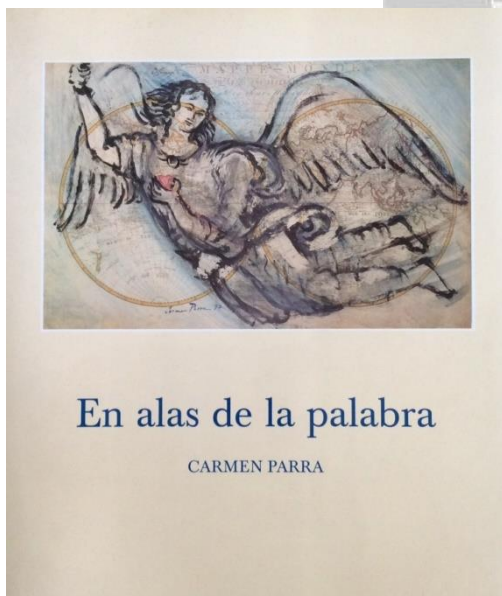
Con ojos de artista en madurez, recibió el impacto espléndido del barroco, sembrado como el maíz y las flores del campo, en todos los ámbitos de la España Nueva, de México.



¹ Texto preparado para el catálogo de la exposición *La traducción del retorno* de Carmen Parra, Centro Cultural Conde Duque, Madrid, diciembre de 1998-enero de 1999. Publicado en: Carmen Parra, *La traducción del retorno*, Caja Madrid/ Ayuntamiento de Madrid/ Embajada de México en España/ CONACULTA-INBA, Madrid 1998, pp. 21s.

He ahí las fuentes fecundas de la obra de Carmen Parra, que se extiende como un camino en el mar, traduciendo, en intercambio de bienes, un legado que por su origen y destino es de siempre y de todas partes.

Gracia al pincel de Carmen el ojo del viajero por el mundo de hoy se ha ido acostumbrando--¡y qué bueno!--a tocar el esplendor de la vida del cielo en la tierra nacido en la luminosidad novohispana. Su minucioso caminar por los mil rincones de la Catedral Metropolitana de México le ha dado la oportunidad de convivir con nosotros a los ángeles y a los santos, estáticos y lejanos antes en sus nichos dorados. Al romper el viento con sus alas, al alargar su mano para acompañar y proteger, actúan en el trajín cotidiano de nuestras horas y nuestros días. Su peregrinar por otros paisajes retableros de Tepotzotlán, La Valenciana, Salamanca y Ocotlán, nos está legando la experiencia de quien se acoge a la ternura que exalta toda vocación humana y femenina en la Virgen María y a la bondad que es también justicia del "amado que pastorea entre azucenas" (Cant. 3,16): Jesús, el Señor. Los pinceles proclaman y anuncian el gozo inmenso de la Encarnación del Verbo que "trajo consigo toda novedad", como lo dijo en el siglo II San Ireneo de Lyon.



El andar de Carmen, traduciendo en imagen, "en alas de la palabra", los renglones bíblicos donde los ángeles actúan al servicio de los hombres, es un andar que anuncia el bien, que dibuja la paz, que ahuyenta el dolor y la angustia.

Mirar la obra de Carmen Parra no es sólo acercarse a una inspiración de calidad y a un efecto estético notable. Se acerca uno y toca con las manos el misterio. Hay un enlace religioso, un anuncio de que el arte es todavía una ventana a lo sacro. Puede la huella pictórica acompañarse con la celebración litúrgica, con la música, con la oración, con la búsqueda de salud del corazón cansado de tantas preguntas y pesares. Hay un servicio a la vida, un impulso de futuro que se arraiga en la intimidad humana, insatisfecha sin la invitación a mirar al cielo.

Alegra que esta obra no acuda a falsos recatos para distanciarse de la cultura católica de cuyas fuentes ha bebido con ilusión, sino que exprese con apertura esa vitalidad que no sólo no

empobrece al artista sino que le da raigambre, solidez y vuelo. También por esto, Carmen Parra y su obra son singulares y ejemplares, valientes y valiosas.

En una ocasión Jorge Alberto Lozoya expresó que nuestra artista era "romera del camino de Santiago pero su Vía Láctea estaba en el cielo de México". Ese intercambio de dos mundos sólo distintos en apariencia pues el mismo cielo los cobija, es el núcleo intenso y vivo del mensaje preñado de luz y de amor de esta "traducción del retorno". Es un núcleo que transforma los rasgos débiles o recios de los pinceles humanos en sinfonía de presencia divina. ¿Acaso la Sagrada Escritura no define a Dios de otra manera sino como Luz y Amor?



Añado al escrito anterior dos más, insertos en la misma publicación.

El primero, de Ramón Xirau, parece que fue escrito para la exposición "En alas de la palabra" presentada en Monterrey en noviembre de 1997, pero quedó bien en la de Madrid.

El segundo pertenece a Álvaro Mutis, quien nunca supe si era novelista o poeta.

Lo que sí supe y aprecié es su calidad humana y capacidad comunicativa.

(M.O.N.)



EN ALAS DE LA PALABRA.²

Ramón Xirau.³

Ángeles y Palabra (*Logos, Verbum*), constituyen el tema de esta exposición hermosamente luminosa. En ella están los ángeles voladores, protectores, sagrados y vistos como seres sensibles cotidianamente presentes. Antes de referirme a ellos, sin embargo, vayan un par de observaciones necesarias.

Los ángeles se han puesto de moda como lo indica el Padre Manuel Olimón Nolasco en su texto,⁴ una moda que tiende, en efecto, al "esoterismo", a los mensajes esotéricos. Por lo demás, el *angelismo*, el querer ser angélicos es casi tan fatal como el querer ser dioses. Lo recuerdo con una frase célebre de Pascal. Dice en los *Pensamientos*: "L'homme n'est ni ange ni bête et celui qui jove a être ange est une bête" "(EL hombre no es ni ángel ni bestia, y el que juega a ser ángel es bestia)"

Carmen Parra nos tiene acostumbrados a tratar los temas religiosos, así hay que recordarlo, en sus estudios sobre la catedral de México, verdaderamente excepcionales, por solamente citar un caso.

En esta exposición Carmen ha pintado con amor, delicadeza y sencillez, ángeles bíblicos y evangélicos (de la Anunciación a la Resurrección), ángeles nacidos de la pintura mexicana, ángeles por así decirlo que en su vuelo sostienen a la Palabra, cercanos a la luz y al fuego. ¿Será ocioso recordar con el Pseudo Dionisio que un ser angélico es el "Inflamado e incandescente, es decir el que lleva calor": (La jerarquía celeste, VII-I)?

También para San Juan de la Cruz están presentes luz y fuego. En el "Madero ardiente" el fuego transforma el madero hasta ponerlo como el fuego mismo...porque está seco y estando seco está claro y esclarece, está ligero mucho más que antes. El ejemplo de este madero nos enseña un camino, nos lleva a ver. Acaso no sea otro el sentido de los ángeles ligeros, casi transparentes, de Carmen Parra.

Al mirarlos, en efecto nos hace verdaderamente ver. Regreso a San Juan de la Cruz, a la Canción cuarta del *Cántico espiritual*. Dice así:

² *La traducción del retorno*, pp. 19s.

³ 1924...

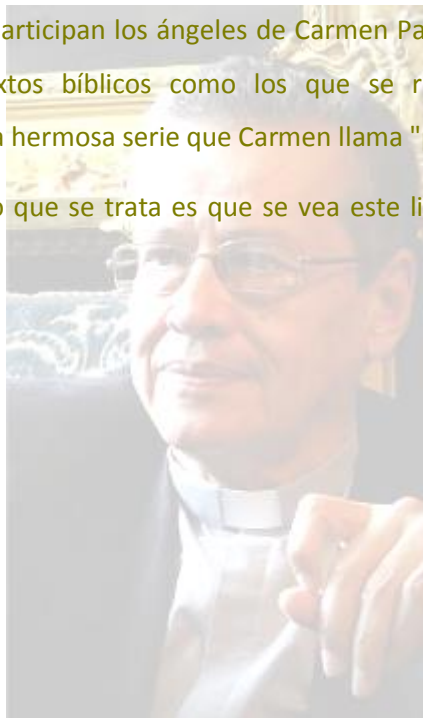
⁴ Carmen Parra, *En alas de la palabra*, Hospicio Ortigosa/Comisión Nacional de Arte Sacro, Monterrey 1997, pp. 10s.

*Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero:
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero
decidle que adolezco, peno y muero.*

Comenta San Juan que el poeta "llama majadas a los coros de los ángeles, por los cuales, de coro en coro ven nuestras oraciones a Dios". Pastores "los que fuerdes" son los que van en camino al "puro amor".

¿Hay algo más concreto, preciso, real que un pastor y su rebaño? De esta cualidad precisa y concreta--también soñadora, participan los ángeles de Carmen Parra. Son seres visible, tangibles. tanto los que remiten a textos bíblicos como los que se refieren a pintores mexicanos, especialmente virreinales, en la hermosa serie que Carmen llama "paráfrasis".

Pero basta de palabras. De lo que se trata es que se vea este libro con atención, una atención verdaderamente gozosa.



**EL CIELO EN LA TIERRA,
O EL SUEÑO CUMPLIDO DE CARMEN PARRA.⁵**

Álvaro Mutis.⁶

El barroco irrumpe como una entusiasta explosión en la que participan al unísono todas las artes. La arquitectura, la pintura, la música, las letras, empiezan de repente a girar en el ebrio sueño de un delirio que nadie pudo detener.

A la aséptica rigidez del calvinismo, a su intransigencia asfixiante, en donde sólo las sórdidas astucias de un comercio con bendición de lo alto tenían validez y virtud reconocidas, sólo esa delirante exaltación angélica del barroco opuso con eficacia la respuesta justa y la fértil enseñanza.

Las nubes convertidas en doradas volutas que ascienden por los altares o la piedra hecha un canto sin pausa en las fachadas de iglesias y palacios, fueron el justo comentario a la música que comenzó a cantar la maravilla de vivir en la tierra, rodeados del trino de las aves y de la vegetación sin término que también trepa por los templos para alabar a Dios en las alturas.

Ángeles andróginos con muslos de una rotunda morbidez inquietante, santas que quiebran la cintura mientras miran al cielo en un éxtasis más terrenal que místico, santos guerreros que sonrían embelesados como adolescente en trance erótico, padres del desierto que parecen recordar la delicia de una carne que los ha abandonado para siempre, todos cantan al Santísimo en una celebración celestial anclada, en el siempre renovado milagro del mundo.

Al barroco tenía que sucederlo, por fuerza, el insípido neoclásico que parece querer purgar tanta pasión y tanto fuego recién extinguidos; queda el barroco como un recuerdo de días más felices y plenos, como una nostalgia de esa invasión del cielo en la tierra convertida en un jardín de dicha en plena florescencia.

Ahora, de repente, una pintora mexicana se lanza a la magnífica empresa de rendir un homenaje al barroco de su patria, uno de los más atrevidos, fertilizado por la milenaria gracia de quienes poblaron esta tierra y supieron también, en su momento, cantar en piedra y barro un sueño casi imposible. Carmen Parra, hija, por cierto, de un sabio servidor de la arquitectura que ha dedicado su vida a rescatar y hacer vivir de nuevo muros, techos, puertas y fachadas, mansiones del hombre; en fin, que tornan a vivir por la gracia de un fervor de arquitecto y visionario, Carmen

⁵ *La traducción*, pp. 15s.

⁶ 1923-2013.

Parra canta en sus telas y papeles el milagro incesante del barroco y sabe hacerlo con espléndida fortuna merced a su dominio de todo lo que la pintura moderna ha podido crear en formas y colores insospechados.

Recorrer esos cuadros es una experiencia luminosa que nos regresa a esa visita del cielo a la tierra que, sin olvidarla, se me antoja que habíamos perdido la facultad de gozar plenamente. Doy gracias, por esto, a Carmen Parra, que inaugura para nosotros un barroco que le enseñó a amar su padre el arquitecto.

(Tepic, Nayarit, 14 de febrero de 2015)

